

Y  
1792  
1906

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

---

Sala de Patrimonio Documental

# La Caridad de la Lengua

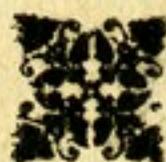
---

*Discurso pronunciado por el doctor*

**Adolfo Leon Gomez**

*en la Sesión Solemne de la Sociedad de  
San Vicente de Paul  
celebrada el 25 de Julio de 1897*

Sala de Patrimonio Documental



**BOGOTA**

**TIP. B. RESTREPO H.**

**1906**

792  
906



## LA CARIDAD DE LA LENGUA

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESIÓN SOLEMNE  
DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAÚL,  
CELEBRADA EL 25 DE JULIO DE 1897

*Señores:*

Si alguna vez son verdaderamente sinceras aquellas frases con que los oradores suelen principiar sus discursos para disculpar su insuficiencia é implorar el favor del auditorio, nunca lo fueran tanto como hoy si yo las empleara; nunca con mayor razón debiera disculparse quien, siendo, como yo, casi desconocido en esta sociedad, viene sin embargo á hablar de caridad á los veteranos de ella, tál como un recluta que se presentase ante el Consejo de los Generales victoriosos á exponer planes de futuras campañas.

Afortunadamente no he menester apelar á aquellas frases, ya porque como el espíritu de verdadera caridad cristiana informa hasta los más insignificantes actos de esta Corporación, confiado debo esperar bene-

aumentos de bendiciones ó vituperios, de merecidas recompensas ó de justos castigos. Siendo tan fecundo el efecto de la palabra, natural es que las obras de caridad que de ella emanan sean las primeras y las más selectas. ¡ Y qué mucho si en la primera de las misericordias de la lengua el hombre, asemejándose al Hacedor del Universo, dice “ sea la luz,” y la luz se hace en las inteligencias á donde su enseñanza llega ; y la ignorancia se disipa, como en el primer día de los tiempos á la voz del Creador huyeron las tinieblas.

Y esa obra no sólo se asemeja el hombre al Dios Creador, sino al que sabe darse todo, sin perder por eso de su sér ni un átomo. Porque el que enseña puede dar á otro toda su ciencia sin que por ello pierda de su mente nada, como una antorcha que al encender otras muchas les comunica enteros su luz y su fuego, permaneciendo, sin embargo, intacta.

Por un triste é inexplicable fenómeno psicológico, el hombre generalmente aborrece á aquél á quien ha ofendido ó hecho daño, como si el miserable corazón humano desahogase la vergüenza y el remordimiento de sus malas acciones, prodigando

odio en vez de compasión á sus propias víctimas. Pero así también, cuando hace bienes ama á cuantos con ellos favorece. Por eso las buenas acciones son un lazo de unión y de afecto entre los que viven la abnegada vida del sacrificio y los favorecidos. Por eso el más grande de todos los amores es el de los padres, porque es todo desinterés y abnegación, y porque si pudieran por los hijos convertir en flores la sangre de sus venas, gustosos la dieran gota á gota para alfombrarles la senda de la vida.

Y ese afecto que engendran las obras de misericordia hacia el objeto de ellas, ninguna lo produce más profundo que la enseñanza. ¿Y cómo no ser así si el que enseña trasmite como algo de sus sér al otro, y con él se identifica al hacerle desarrollar sus mismas ideas, creencias y aspiraciones? ¿Cómo no ser así, si le forma el corazón á la medida del propio y le modela el carácter por el suyo?

De ahí que los maestros amen con amor de padres á sus buenos discípulos, porque les dan la vida de la inteligencia; y de ahí que el hombre, á medida que avanza en experiencia, vaya comprendiendo mejor cuán inmensa es la deuda que tiene para con sus

maestros, y cuán nobles, cuán importantes fueron los esfuerzos de los que guiaron sus primeros pasos y encendieron las primeras luces de su mente.

Y esa obra de enseñar al que no sabe, la más noble y la mejor de todas las de caridad, tiene la ventaja inapreciable de estar al alcance así de los ricos como de los pobres, de los pequeños como de los grandes, de los ignorantes y de los sabios, porque, ¿quién es el que no puede enseñar alguna cosa buena, quién no sabe algo que otro ignora? Los sabios y los ilustrados enseñarán las ciencias y las artes; los humildes y desconocidos sacarán del tesoro de la experiencia, que es diario y doloroso aprendizaje, mil enseñanzas útiles para el viaje de la vida. Cada paso que en ella damos nos deja algo que podemos enseñar, menos penosamente de lo que lo hemos aprendido, á los que vienen detrás. Cada surco que los años y las penas labran en nuestra frente, parece indicar que un conocimiento más de la ciencia de la vida se ha grabado en nuestro corazón; y cada hebra de plata que blanquea nuestros cabellos revela una mancha de sombra que de la mente borra la experiencia diaria.

Todos, todos, aun los más ignorantes, podemos enseñar y enseñar mucho; sólo que no nos proponemos hacerlo, y que, por descuido, dejamos pasar muchas ocasiones que para ello se nos presentan; porque teniendo á mano los corazones de los niños, blandos como la cera, no grabamos en ellos nada, no escribimos una sola línea útil en esas páginas blancas, abiertas para recibir las primeras lecciones, que son las que casi siempre marcan el rumbo del futuro y deciden de toda la existencia.

¡ Oh ! ¡ Si comprendiéramos, si apreciáramos cuánta es la gravedad de cada palabra que llega á los oídos de los pequeños ! ¡ Oh !, entonces, qué no haríamos, sabiendo que las primeras enseñanzas forman el carácter y el corazón de los niños; y que el corazón honrado y el carácter recto son el arma y el escudo con que el hombre sale vencedor en la lucha del mundo, siquiera muchas veces desfallezca y muchas caiga. El carácter es una línea recta trazada desde la cuna á la tumba. Por eso son contados los hombres de carácter, porque raras son las líneas que, á causa de las primeras lecciones, no empiezan torcidas. Enseñemos á los niños que hay algo más

noble y más grande que ser hombre de mundo ú hombre de partido, y es ser hombre de carácter. Enseñémosles la más útil de las ciencias : la de bastarse á sí mismos, la que acostumbra al hombre á andar con la frente alta y á pensar con su cabeza y no con la ajena.

Al ver el Panóptico, aquel sombrío hospital de los enfermos del alma, aquel pavoroso lugar donde la sociedad encierra á sus miembros dañados, y donde, á veces, como los frutos en montón, se acaban de podrir los unos á los otros, y al contemplar las tétricas fisonomías de sus habitantes, surgen consideraciones que debieran hacer estremecer el alma. ¡ Cuántos de esos acaso nacieron con instintos buenos, que el aislamiento, el desprecio social, la miseria, fueron marchitando poco á poco ! ¡ Cuántos habrían sido quizá mejores que nosotros á haber tenido los consejos y los maestros que á nosotros nos sobraron ! Al ver esos desventurados debiéramos pensar en los que vendrán después, en los criminales del futuro : en tantos niños de la clase del pueblo, inocentes hoy como aquéllos lo fueron algún día, que pueden, también como aquéllos, convertirse tal vez en presidiarios,

por falta de un consejo, de una enseñanza, de una palabra; debiéramos pensar que dentro de esos haraposos cuerpecillos, desde la cuna predestinados á abonar algún día los campos de batalla ó servir en el anfiteatro de estudio á los médicos, palpitan corazones iguales á los nuestros, que son vastísimo campo donde la caridad de la lengua puede regar su cimiento bienhechora, y de cuyo cultivo se nos pedirá estrecha cuenta, como acaso á las generaciones pasadas se ha pedido ya de la parte que tuvieran, por abandono ó por descuido, en la caída de los actuales habitantes del Pánoptico.

Y como las obras benéficas se enlazan unas con otras completándose y perfeccionándose mutuamente, consecuencia y complemento de la de enseñar es la de corregir. Y en esa, quizá más que en otra alguna, debe brillar la caridad de la lengua. Porque para que una corrección produzca saludable efecto, en vez de ser una humillación que envenene el espíritu y malee el carácter, menester es que se acompañe de palabras suaves y dulces; porque es preciso tratar á los que yerran como las madres tratan á los niños enfermos; porque

háy que dar entre miel la amarga medicina y háy que poner bálsamo en la herida para que se cierre. Y esto es tanto más necesario cuanto más levantado sea el espíritu sobre quien se dirige la corrección, porque á los tales, antes los amarra un hilo de seda que una cadena de hierro.

Y ese tacto exquisito para corregir sin humillar, esa suavidad para amputar la parte dañada sin dejar sangrando la herida, no existe sin la verdadera caridad cristiana; porque sólo ella puede hacer que el que corrige se coloque humildemente al nivel del corregido, para no hacerle sentir el peso de una superioridad que con trabajo sufre el orgulloso corazón humano, tanto más altivo cuanto más ignorante sea.

Consideremos ahora la más difícil de las obras buenas, la que requiere voluntad de héroe y corazón de santo: perdonar las injurias. Y no se diga que en ella nada tiene que ver la lengua, por ser el perdón un hecho psicológico, un acto distinguido de valor del alma, extraño á la palabra. Nó, no tal, porque ésta es el sello que lo acredita y lo confirma, y porque el rencor, á manera de nube tempestuosa, siempre amenaza mientras no se desate en lluvia de dulces pala-

bras. En ellas desahoga y esparce el corazón aun inconscientemente todas sus emociones, y ¿cómo habría de esconder sin ahogarse la más grande y más valiosa? Sin las palabras de paz, lo que tomamos por perdón es por lo regular un engañoso silencio que, como capa de hielo, cubre el volcán de odios que en el fondo hierve. ¡Qué de veces el que no puede vengarse ó el que teme las consecuencias de su venganza, no vuelve á nombrar jamás á su ofensor, y por eso dice y acaso cree que ha perdonado! Y ése que se gloria de haber ejecutado tan heroico acto, siente extraña sensación de pena cuando á su oído llega el elogio de su enemigo; ó una oculta alegría cuando la casualidad lo venga ó cuando la muerte cubre al ofensor con su manto de olvido. Perdonar á los muertos es fácil, porque los muertos están tendidos y no pueden hacer sombra. Si profundizáramos lo que nunca profundizamos bien, la conciencia, veríamos que muchos de nuestros perdones son hondos resentimientos que el orgullo, la impotencia ó el miedo disfrazan con aquel santo nombre; que muchas veces la herida del alma está abierta y el veneno latente, mientras por encima flota, como balsa de aceite, la pala-

bra perdón. Los que diciendo que pueden perdonar la ofensa pero olvidarla jamás, prodigan desprecio al ofensor, esos, aunque lo crean, no perdonan, porque el encerrado recuerdo de la ofensa es llaga que por dentro labra, aunque su superficie aparezca cerrada, y porque perdonar ofensas con desprecios es lo mismo que apagar hogueras con aceite. Sólo las palabras de afecto ó de amistad dirigidas al ofensor, ó á lo menos las de benevolencia que con sacrificio de nuestro orgullo proferimos para elogiar al enemigo ó reconocer sus méritos, son la esponja que borra el agravio, el bálsamo que sana la herida, la prenda segura de olvido, y en el olvido está el verdadero perdón. Y si acaso queda un recuerdo, ya no es el amargo de la injuria, sino el suave y grato de un sacrificio hecho por el bien, de una gran victoria ganada sobre nosotros mismos. Como las heridas que por la Patria se reciben en el campo de batalla son estrellas que en el cielo de la fama brillan, así las memorias de perdones sinceros son cicatrices del alma, tanto más gloriosas cuanto más difíciles son de obtener los triunfos que pregonan.

Pero si es penoso además ratificar, ó más bien realizar, el perdón por medio de la palabra; si eso es obra de almas verdaderamente fuertes porque son humildes; si es casi imposible para los corazones orgullosos que creen que perdonar es rebajarse, otras obras benéficas hay, entre las cuales, como en fecundísimo campo, podemos todos espigar en abundancia.

Refiérome primeramente al consejo y al consuelo, á esas dos grandes alas de la caridad de la lengua, que dan ánimo al hombre en sus más profundos desfallecimientos y lo levantan de sus más desesperadas posturas. El consejo es como luz bienhechora que al brillar de pronto en medio á la tiniebla, señala al extraviado caminante la senda perdida. El consuelo es una antorcha que la bondad enciende para disipar las sombras del dolor ajeno, es una gota de almíbar con que cualquiera puede endulzar las amarguras de sus semejantes.

Como el hombre tiende á seguirse por lo que hacen los demás, y como siempre trata de repartir con otros ó de descargar en otros la responsabilidad de sus actos, vive solicitando consejos y siguiéndolos aun sin pensarlo. Por eso es inmensa la influencia

del consejo en todas las acciones de la vida.

¡ Cuántas veces el consejo dice al crimen: deténte, y lo obliga á huír dejando el arma alevosa! ¡ Cuántas, ha apartado á los infelices á quienes ciega el infortunio del abismo tentador del suicidio! ¡ Cuántas, como Cristo á Lázaro, ha dicho al genio: “ levántate y anda,” y el genio ha surgido! El consejo bondadoso y recto, cuando llega á corazones dóciles y honrados, es como pequeñísima semilla, al parecer perdida en el fondo de la tierra en donde cae, y que al cabo nace y crece y se torna en árbol gigantesco y útil, pródigo en perfumadas flores y sazonados frutos.

Pero si bien el consejo acertado no pueden darlo todos, porque no siempre abundan la sabiduría y la experiencia necesarias, aunque súbrense la buena voluntad, todos, con mayor ó menor eficacia, pero con igual mérito, podemos prodigar el consuelo. Y éste, la forma más dulce de la caridad, no es sino una manifestación sencilla de amistad y compasión que de los corazones sensibles brota ante el sufrimiento ajeno.

Casi todos los consuelos se reducen á restituir al desgraciado, con unas pocas pala-

bras, el inapreciable tesoro del corazón humano : la esperanza. La esperanza, que es tan necesaria al espíritu insaciable del hombre, como el aire á sus pulmones, porque sin ella el mundo sería un desierto sombrío ; la lucha diaria, un martirio insoportable ; la vida, una muerte lenta. El consuelo, entre dulces frases, trae las esperanzas como bandada de palomas blancas, mensajeras de días mejores.

Con la palabra de consuelo el encarcelado siente como que en su estrecho calabozo circulan el aire de los campos libres y la luz del nativo suelo ; la madre que llora al niño querido, oye rumor de alas y cree ver que los ángeles mecen la cuna vacía ; el enfermo olvida sus dolores ; el criminal aspira aire de redención ; el obrero halla en sus brazos fuerzas nuevas para llevar la cruz salvadora del trabajo ; el soldado que cae en el campo de batalla, tan lejos de la esposa y de los hijos, ve que se disipa la negra sombra de desesperación que envuelve su horrible agonía, y vislumbra, más allá del sangriento campo, á la luz de ultratumba que empieza á clarear en su horizonte, el lugar de la paz eterna.

Hay, además, otra obra benéfica de la

lengua que casi para todos pasa inadvertida : el estímulo ; que consiste casi siempre en unas pocas generosas palabras de elogio, que así como son de insignificantes para el que las profiere, son de valiosas para el que las recibe. A la manera que el rocío matinal desarrolla las plantas que empiezan á germinar, así unas ligeras frases con que el superior anima al inferior en quien ve clarear una buena disposición, suelen hacer surgir un hombre útil, levantar un héroe ó despertar un talento. Sin embargo, muchas veces en lugar del rocío fecundante, cae el hielo que mata ; en lugar de la deseada palabra de aplauso, sólo obtiene el que aspira á elevarse el silencio glacial del desdén con que los que son pepueños, aunque parezcan grandes, acogen al que temen que se levante un poco. Contados son los que tienden la mano al que trata de elevarse, los que abren las puertas al genio que brota, los que, en bien de todos, descubren su propio mérito á muchos que sin saberlo lo llevan, como perfume encerrado, en el fondo del alma. Antes es general la tendencia á ahogar el ingenio que nace, como si fuese una víbora que levanta la cabeza, á derribar al que se pone en pié para que no haga

sombra á la humanidad que se arrastra. Por eso hay tantos que, como buques en la desierta playa, suelen quedar varados en la mitad de la vida; y allí como el condor de alas rotas, agonizan mirando tristemente pasar adelante á los que estaban destinados á llegar después, á los que debieran permanecer detrás. ¡Cuántos hay que nacen con dotes de águila, y el desdén, la miseria, la envidia, les cortan las alas! ¡Y cómo explicar que hombres generosos y caritativos además, mezquinen la insignificante limosna de una voz de aliento que humildemente y en silencio implora el genio? Me figuro, al pensar en eso, que así como por el suelo de ciertas cavernas circula un gas deletéreo que mata á los seres pequeños y deja sanos á los grandes que se alzan sobre él, así en el fondo del corazón de muchos hombres buenos, se arrastra una pasión venenosa que creen no tener, por lo que está abajo, muy abajo: la envidia, que asfixia al nacer las palabras bondadosas, ya que no alcanza en ellos á tocar las obras.

Por último, queda otra obra de misericordia que está al alcance hasta de los más infelices, que á toda hora y en todas partes se puede practicar, y que en cualquier épo-

ca y en cualquier circunstancia fructifica : la oración. La oración es vapor de lágrimas de la humanidad creyente, que sube al cielo para desatarse en lluvia de bendiciones sobre la humanidad doliente. Ella es perdón, es consejo, es consuelo, es perenne manantial de bienes para el que la hace y para aquéllos por quienes la eleva. Con ella el que no tiene que dar, da, aun al rico, la limosna que, sin saberlo, necesita su espíritu ; y da acaso más de lo que sueña el más generoso deseo. Ella es el inagotable tesoro de los que no conocen los de la tierra. Es la lujosa caridad de los infelices, los desgraciados, los que llegaron tarde al banquete de la vida, pues mientras más lejos se hallan del mundo, más cerca están de Dios para ser más pronto oídos.

Además de su forma principal, que podemos llamar activa, esto es, cuando la palabra se emplea directamente para un bien, la caridad de la lengua tiene también su forma, si se me permite la expresión, pasiva, ó sea cuando la empleamos para evitar el mal.

Diariamente en las conversaciones del mundo, para los necios sazonadas siempre con el escarnio ajeno, oímos hablar mal de

nuestros semejantes y callamos, si es que no contribuimos también á la demolición de la honra ajena. Y no pensamos entonces que para evitar el enorme perjuicio que va á causar la malévola lengua del envidioso, del maldiciente ó del traidor, no hay nada más eficaz que la protesta inmediata y severa de un hombre honrado y digno. Ante esa protesta de la hidalguía de los buenos, se humilla y calla la bajeza de los murmuradores. Ante el valor del que arroja el guante por defender el ausente, se postra la cobardía de los que atacan por la espalda. A las veces el mero silencio de desaprobación de las almas nobles es mordaza segura para las lenguas emponzoñadas.

El no hablar nunca mal de nadie es señal infalible del carácter levantado y del hombre de mérito. Porque el que vale por sí mismo no ha menester rebajar á los otros para descollar. Los que carecen de mérito son los que tienen que destruir reputaciones para ocultar en los escombros del honor ajeno los girones manchados del propio.

Los murmuradores pueden divertir al auditorio de necios que los rodea; pero todos les desprecian y les temen. Nadie se

atreve á retirarse de ese círculo cuando en él cae, por miedo de convertirse en víctima ; y el que se aleja siente en sus oídos la sarcástica risotada que le persigue y en sus carnes el diente venenoso del murmurador que le muerde. Cosa muy distinta sucede á quien se retira del lugar donde queda uno de esos raros hombres que no hablan ni permiten hablar mal de nadie, porque sabe que allí queda su reputación bajo sombra protectora y hay quien guarde su espalda.

Acontece muy frecuentemente que algún amigo apreciado y querido varía para con nosotros de un momento á otro, sin que alcancemos á comprender por qué nuestros inalterables sentimientos de cariño y hasta de gratitud se nos pagan con frialdad y desvío. Entonces los caracteres dignos devoran en silencio la amargura del desengaño, sin atreverse, por delicadeza, á inquirir el motivo que enfría, si es que no rompe, una leal amistad. Pues eso, generalmente, es fruto del menguado chisme; de ese, si así puedo llamarlo, villano microbio de las lenguas viles, que dondequiera que llega desarrolla, como contagiosa peste, ambiente envenenado de antipatías, de rencores y de odios.

Contra ese mal, causado por la lengua, no hay más remedio que la caridad de la lengua: pocas palabras generosas de amistad al provocar una franca explicación, despejan la sombra del chisme, como disipa el sol las nieblas de la noche.

Pero hay un mal todavía más espantoso. Uno cuyo solo nombre hace estremecer el corazón, y que, como lepra del alma, nos amenaza y nos rodea en la sombra: el más bajo y más horrible de los delitos rastreos: la calumnia. Para comprender su horror, basta pensar en lo valiosa que es para el hombre honrado su reputación, con tanto esfuerzo adquirida y con tanto cuidado conservada; basta el recuerdo del sagrado hogar, de ese pedacito del vasto universo donde uno es rey, donde está lo más querido del alma, donde vincula todas sus esperanzas y sus dichas el hombre; de ese rinconcito desde donde me parece que se puede entrever el cielo; basta, digo, pensar en eso é imaginar que poco á poco, en la sombra, con el cauteloso paso de los traidores, se vaya deslizando la calumnia á tumbar con una palabra una reputación entera ó á robar la dicha de toda una existencia, para que se hiele el alma, como las carnes

al helado contacto del puñal, como la sangre del corazón cuando se oye en medio de la noche el silbido de la serpiente. Pues bien, señores, ese inmenso mal que hace una lengua, sólo pueden evitarlo otros labios que se abran á tiempo y unos oídos que se cierren pronto. Si cuando el calumniador lanza su primera palabra hubiera otra lengua que indignada y noble vibrara al punto, ¡oh!, entonces la palabra—látigo haría huír á la palabra—víbora á enroscarse en su abismo de sombras!

¿A qué hablar más de la caridad de la lengua? ¿A qué esforzarme en demostrar que á todas horas, en todas partes y por toda clase de personas se puede practicar alguna de las muchas obras de misericordia que de ella emanan? Bástame agregar, para concluir, que casi ninguna de las demás obras benéficas queda completa sin que la palabra la perfeccione y santifique. Cuando se arrojan unas monedas al indigente ó cuando se cubre un cuerpo que tiritita de frío, sin agregar la dulce palabra de consuelo, de esperanza, de amistad, aunque llega el socorro material que quita el frío y el hambre, no llega lo que más necesita el desgraciado: la limosua del sentimiento, la

luz que alumbra la mente, el calor que vivifica el espíritu, el bálsamo que sana los corazones enfermos. Cuando la limosna va desnuda de palabras suaves, hiere la excitada altivez del que implora, rebaja el carácter, enfría el alma; y acaso cuando tendemos la mano creyendo levantar al que está caído, sólo conseguimos empujarlo al abismo de la desesperación, que es el mas espantoso de todos los abismos!

Oh!, si por mis mal coordinadas palabras brotasen luégo de vuestros labios otras de enseñanza, de consuelo, de consejo, fecundas en buenos resultados! Oh!, si mis pobres pensamientos atrajesen otra bendición más sobre la Sociedad! Oh!, entonces yo creería que la buena voluntad que he tenido al cumplir hoy mi deber, había sido generosamente recompensada.

---

UNIVERSIDAD

FA



Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

**BIBLIOTECA**

**Universidad EAFIT**



**100039532**

